

CONFERENCIA XVII

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. **Las contradicciones que hay entre los adversarios de la doctrina cristiana son favorables á nuestra causa.**—Estando Clemente Brentano en París y viendo la muchedumbre de enemigos del Cristianismo y los inmensos recursos que á su disposición tenían, y por otra parte el número relativamente pequeño de fieles, empezó por apoderarse de él una especie de desaliento; pero después de examinar las cosas atentamente durante algún tiempo, las juzgó con más sangre fría. El peligro no es tan grande como yo creía, dijo; por numerosos que sean nuestros enemigos, se buscan demasiado los unos á los otros, persiguen fines demasiado diferentes para que estén de acuerdo. ⁽¹⁾

Aquel hombre acertaba. Posible es que sean grandes el poder y la actividad de los adversarios; puede suceder que nosotros no hagamos lo bastante para defender la verdad. Lo que debe, sin embargo, tranquilizarnos, hasta cierto punto, es saber que en el fondo no están unidos más que por un lazo, el contradecir nuestra sagrada causa; pero tan pronto como siguen sus propias vías, se hacen mutuamente la guerra, porque la verdad es una y las vías del error son múltiples. ⁽²⁾

Eso debe darnos confianza cuando consideramos los juicios del mundo acerca de la historia del Humanismo. Des-

(1) Diel, *Clemens Brentano*, II, 400.

(2) Cyrill Hierosol., 6, 13.

de el principio, declaró, por decirlo así, unánimemente que necesitaba una vía más libre, superior á la indicada por la doctrina cristiana; pero si le preguntamos ahora lo que le parece de esa vía nueva, que él mismo se ha escogido, y á dónde conduce, entonces oímos respuestas muy diferentes. No encuentran los unos bastantes palabras para expresar su sentimiento por el retroceso irremediable que se opera y su cólera contra la conducta del mundo; los otros no pueden contener su admiración por las conquistas y los progresos maravillosos de su civilización.

En nombre de los unos, dice Petcesi, valiéndose de una imagen cuya vulgaridad corresponde á su desprecio del mundo: «Una vasija rota que se arrojó, y á la que están adheridos todavía algunos restos de alimentos, que lame hambriento un pobre andrajoso, tiene más valor que la vida humana». ⁽¹⁾

De las esperanzas excesivas de los otros, dice Guillermo Jordán con una burla que no deja de ser legítima: «Cada cual jura por sus dioses que conoce el único medio de conjurar la miseria de la humanidad, y que ésta corre á su ruina tan sólo porque no quiso escucharle». ⁽²⁾

2. La doctrina del progreso constante.—Reservamos para la conferencia siguiente discutir con los que menosprecian la civilización; nos contentaremos aquí con examinar el modo que los otros tienen de considerar los eternos progresos del género humano tomando como base los hechos históricos.

Tal vez nos pregunten si queremos tomar en serio el exagerado himno que se entona en honor del progreso; nos dirán que es más prudente no ver en él más que una debilidad humana, un defecto, y el más vulgar de todos los defectos, el orgullo y la vanidad. No hay pueblo que no mire á los otros desde la altura de su poder; no hay época que no se crea más adelantada que las demás; ningún buho, ó como dice un proverbio algo trivial, ningún

(1) Petcesi, *Gedichte* (Goldschmidt), 156.

(2) Jordán, *Demíurgos*, I, 288.

mono, que no jure que nada hay en la tierra más hermoso que sus hijos. ⁽¹⁾

Evidentemente hay en esto una enfermedad, pero una enfermedad arraigada desde muy antiguo, y que tiene parentesco con el pecado hereditario; mucho nos sorprendería que no la hubiesen sufrido ya los que construyeron la torre de Babel. En todo caso el mundo había llegado ya, hace dos mil años, al más alto grado de progreso, hasta el punto de parecerle imposible ir más lejos, como vemos en el pasaje de Lucrecio, que en parte hemos citado ya con otro propósito: «El arte de dominar los mares, de hacer fértil el suelo, de elevar suntuosos monumentos, de combinar leyes, de forjar armas, de abrir caminos, de preparar telas; todos los descubrimientos útiles, y hasta los destinados tan sólo para agradarnos, la poesía, el secreto de animar el mármol y el lienzo, nacieron lentamente de la necesidad y de la experiencia; el tiempo los revela poco á poco; la industria las hace brillar á la luz del día; el genio los perfecciona, los eleva sin cesar y los imprime un resplandor inmortal». ⁽²⁾

Lo más curioso en esto es que cada época echa una mirada de conmiseración á las épocas pasadas, bastante simples para creer que habían alcanzado las más profundas capas de la ciencia y, sin embargo, incurre en la misma falta pueril; de ese modo se formó la moderna opinión del progreso eterno, que Francisco Bacon, Descartes, Priestley, Ricardo Price, Lessing y tantos otros han preparado, hasta que ganó el derecho de ciudadanía en los tiempos de la Revolución francesa.

Su padre, propiamente dicho, fué Condorcet, el filósofo, y á la vez, inútil será decirlo, la víctima de la revolución. Como es muy natural en un hombre á quien volvió furioso la lucha contra el antiguo orden del mundo y la victoria embriagó, no se trata de una justa apreciación del pasado

(1) Kœrte *Sprichwoerter*, (2) 79, 1568. Wander, *Sprichwoerterlexikon*, I, 35, 29; 902, 26.

(2) Lucrecio., X, 1447 y sig.

ni de un juicio reflexivo sobre lo que el género humano podrá hacer en el porvenir. En él, dice Flint, no habla el espíritu tranquilo del filósofo, sino la preocupación prevenida de un sectario fanático. ⁽¹⁾ No obstante eso, la doctrina representada por él supo ganar el favor de la opinión. En Alemania fué Kant y su adversario Herder, pero especialmente Hegel y Schelling, quienes la introdujeron por su dialéctica panteística del llegar á ser y de la evolución, pues que, según ellos, el mundo y la historia no son más que un *processus*, continuamente en progreso, de la realización personal de Dios en la naturaleza y en la historia.

Influído por la misma idea, Darwin inventó su doctrina de la evolución; sólo que se limitó á los oscuros tiempos primitivos con preferencia al presente y al porvenir. Manteniéndose en el punto de vista del materialismo, para nada trató de un ser divino, y por esta razón dejó á un lado la argumentación panteística, por lo que debemos estarle agradecidos.

Pero volvieron á él Comte y la escuela del positivismo que fundó. Aquí, la historia del Humanismo está simplemente representada por el influjo de la inexorable ley de naturaleza; en ella manifiesta su eficacia y hace brotar siempre nuevas ramas en el árbol del género humano la divinidad que en todas partes obra, cierto es, pero especialmente en el espíritu del hombre. Un crítico maligno ha dicho de esta filosofía que, á su luz, la historia de la civilización aparece como un enorme polípero que se multiplica al infinito á través del espacio y del tiempo. ⁽²⁾ Esta doctrina arbitraria, aunque sin cesar se refiera á los hechos, poco ó nada tiene que ver con un concepto de la historia libre de toda prevención.

Tiene esto aun más aplicación á las ideas extrañas relativas á los progresos del porvenir, con que nos divierten los antiguos y los modernos socialistas, Saint-Simon,

(1) Flint, *Philosophy of History*, I, 130.

(2) Ferraz, *Etude sur la philos. en France au XIX^e siècle*, 406.

Fourier, Cabet y tantos otros semejantes que buscan la edad de oro, no en el pasado, sino en el estado futuro de las utopías socialistas.

Descartes se imaginaba ya que se lograría evitar por completo las enfermedades físicas é intelectuales y la debilidad inherente á la vejez. ⁽¹⁾ Los doctores de la economía social, alemanes, americanos é ingleses pertenecientes á la escuela liberal, como List, Carey y Stuart Mill, llevaron sus opiniones al dominio del progreso económico, y se entregaron á las más fantásticas lucubraciones acerca de un brillante porvenir, estando de tal modo encarnadas en el liberalismo, que no puede deshacerse de ellas, ni aun cuando brillan ya las llamas sobre su cabeza.

Pero los socialistas franceses, que en sus utópicos ensueños perdieron todo dominio de sí mismos, no conocen ya medida en sus esperanzas. Todo será bueno en la tierra, dice Fourier ⁽²⁾ á sus adeptos, no solamente bueno, sino perfecto y hasta divino. Será transformada toda la creación; lo erizado se convertirá en liso, lo feo en hermoso, lo salvaje en doméstico. Hasta ahora nadie está libre de que la primera abeja ó el primer mosquito que vengan le prueben de un modo muy sensible que no hay por qué sentirse orgulloso de su reino; pero vendrá un tiempo en que los leones serán lo mismo que si se les hubiera dado vuelta como á los guantes. Cualquier niño podrá entonces dirigirlos y se paseará tranquilamente con ellos; á nadie se le ocurrirá entonces construir costosos navíos con riesgo de perderlos, sino que irá á la orilla del mar y llamará una ballena en la que navegará sin temor; nadie necesitará procurarse víveres; el agua del mar se convertirá en limonada, y se criarán naranjas en las regiones glaciales. El mar será un baño aromático; la noche misma se convertirá en día, pues estará alumbrada por cuatro lunas cuan-

(1) Descartes, *Discours sur la méthode pour bien conduire sa raison* (œuvres, ed. Prevost, p. 77).

(2) Rotteck und Welcker, *Staatslexicon*, V, 1. 28. Bluntschli, *Staatswörterbuch*, IX, 518 y sig. Stein, *Socialismus und Communismus*, (2) 341 y sig., 542 y sig.

do menos. En ese mundo magnífico el hombre vivirá ciento cuarenta años, y gozará durante ciento veinte de todos los placeres de los sentidos. Y ¡qué felicidad! Actualmente el goce que procuran las comidas más delicadas está amenguado por la amarga experiencia de que la capacidad del estómago no iguala á las delicias del paladar; pero en esos tiempos paradisiacos el estómago más débil podrá digerir cada día treinta y dos libras de las más indigestas golosinas, y como el hombre es lo que come, el espíritu llevará á cabo también empresas muy superiores á las de hoy. Habrá treinta y cinco millones de poetas tan buenos como Homero, y otros tantos pensadores como Newton; y para que nada falte á la perfección del hombre, se le dará en el estado de progreso paradisiaco la insignia incomparable que, según los recientes descubrimientos de Darwin, poseía ya cuando era un mono, á saber, una larga cola que decuplicará sus fuerzas, le impedirá caer, y será para él tan magnífico ornamento como arma poderosa.

Que nadie se ría de esas extravagancias, pues son todavía más curiosas las esperanzas acariciadas por la moderna ciencia; hasta un sabio como Berthelot cree que se logrará en bastante breve plazo abrir un pozo de tres ó cuatro mil metros y hacerse dueños del calor de la tierra; entiende que, después de eso, muchas cosas serán superfluas, pues será fácil entonces preparar los alimentos por medios artificiales. Por el mismo hecho, la cuestión social quedará resuelta. (1) Al lado de esto, son mucho menos exageradas las esperanzas del socialismo y más creíbles; pero por esta razón también turban la cabeza á muchos, como lo prueban los asombrosos éxitos de Bellamy.

El hecho es que esa opinión, tan lisonjera para el amor propio del hombre, se hizo el principio favorito de la moderna manera de considerar la vida. En su desmesurado optimismo, Herbert Spencer desplegó su actividad especialmente en ese sentido, y aunque espíritus reflexivos no pueden menos de confesar que hay en la historia, á veces,

(1) *Revue des Revues*, IX, 170; XI, 14 y sig.

épocas de detención y aun de retroceso, se puede, sin embargo, decir que la convicción general es que el género humano considerado en conjunto progresa de un modo irresistible, y que, antes de poco, alcanzará un estado de perfección en que podrá arrojar atrevidamente las muletas de la fe y de la religión, de que hasta cierto punto tiene todavía necesidad para apoyar sus débiles miembros. Toda opinión que se separe de esto, declara Peschel, es un error que felizmente se hizo desde hace mucho tiempo inofensivo. (1) Únicamente la doctrina de un progreso continuo puede reivindicar el epíteto de sensata; toda otra suposición está, dice Büchner, basada en el absurdo. (2)

3. La cuestión del progreso ó del retroceso, sólo puede ser resuelta en el terreno histórico.—Sentencias de aquel género inspiran siempre cierta sospecha acerca de la seguridad del estado en que se encuentra quien las mantiene; pero toda nuestra desconfianza debe despertarse cuando uno de los principales representantes de esta doctrina del progreso declara que esa cuestión se agita casi exclusivamente en dominios prehistóricos ó respecto á cosas que están fuera del alcance de la historia. (3) Es una situación poco favorable, dice, pero que no hay más remedio que admitir.

Sin duda es poco favorable, pero no para ellos, sino únicamente para nosotros, porque se nos quita así la tierra firme de debajo de los pies; pero respecto á la teoría del progreso, las nieblas de los aluviones postpliocenos y las perturbaciones ocasionadas por los diversos fenómenos de la época glacial, son precisamente un medio para persuadirnos de cualquiera opinión preconcebida, mediante frases científicas altisonantes é hipótesis que no se pueden probar.

Pero no nos dejaremos llevar á ese terreno inseguro. Esta vez se trata, sin duda alguna, de un hecho verdade-

(1) Peschel, *Voelkerkunde*, (1) 137.

(2) Lyell-Büchner, *Das Alter Menschengeschl.*, (1864) 315.

(3) Tylor, *Anfänge der Cultur*, I, 39.

deramente histórico. Aquí no tienen valor las simples afirmaciones; se necesitan pruebas, y pruebas de hecho, históricas é irrefutables; cuando no se las puede presentar, las frases nada significan.

Nunca será demasiada la prudencia al examinar las pruebas que se darán aquí, y tiene esto aplicación, tanto á los defensores del progreso indefinido, como á los que lo niegan. Aun nuestros más celebrados etnógrafos, que tienen á su disposición copiosas bibliotecas, incurren en equivocaciones y en omisiones incomprensibles, ⁽¹⁾ pues en estas cuestiones necesitamos referirnos á narraciones de viajeros que van á lejanos países sin estudios previos, y cuya instrucción frecuentemente no es muy escogida; viajeros que para cazar el elefante ó negociar el estaño se detienen durante ocho días en una tribu cuya lengua no comprenden; y si se interesan algo por las costumbres, la civilización y la fe de los pueblos en cuestión, no aciertan á comprenderlas, porque éstos, considerándolos como sospechosos, no les permiten hacer estudios serios de su religión, costumbres é historia. ¡Cuántas veces nuevos viajeros descubrieron la verdad de lo que sus predecesores habían negado! ⁽²⁾

La más sencilla ojeada á la historia demuestra que debe ejercerse en estos asuntos la más exquisita vigilancia. Los que basan su juicio en estudios profundos é imparciales, se convencen fácilmente de que en los pueblos más nobles y en los más antiguos, en la India, en Asiria, en Persia, en Egipto, había precedido á los tiempos históricos una civilización más elevada, acusando aquéllos ya una gran decadencia; en una palabra, que relativamente á la situación moral y religiosa, el período más antiguo era el más puro. Los que en sus precipitados viajes, han examinado en su estado actual las tribus más degradadas, cuya

(1) Cf. Peschel, *Völkerkunde*, (1) 140.

(2) Ejemplos numerosos en Peschel, *loc. cit.*, 139 y sig., 148 y sig.; 271 y sig. Tylor, *Anfänge der Cultur*, I, 412 y sig.; II, 19 y sig. Petry, *Anthropologie*, II, 53 y sig., 79 y sig., 352. M. Müller, *Essays*, I, XXII y sig.; IV, 150 y sig. *Missions catholiques*, 1881, p. 198 y sig.

formación data acaso de algunos siglos, tribus que los primeros exploradores encontraron mejores de lo que son en la actualidad, tribus que, sirviéndonos de las expresiones no poco fuertes de un conocido etnógrafo, ⁽¹⁾ sólo por la brutalidad de los cristianos civilizados llegaron á ser tan miserables, ⁽²⁾ pretenden atrevidamente que tales tribus, cuya lengua no comprenden, cuya historia y tradiciones desconocen, están exactamente en el mismo grado en que se encontraba toda la humanidad antes de su desenvolvimiento histórico, es decir, en el pretendido estado natural, aunque no pueden menos de confesar que, sin embargo, influencias extrañas muy recientes, y con frecuencia dudosas, se manifiestan en las leyendas de estos pueblos. ⁽³⁾ Y se llevaría á mal que en tal materia no diésemos fe á ninguna afirmación si no esté fundada en las pruebas más sólidas y seguras, y no nos armásemos de circunspección, por no decir de desconfianza, contra semejantes narraciones. ⁽⁴⁾ Y ¿no tendríamos razón al insistir en que sólo en el terreno histórico pueden ser resueltas esas cuestiones?

4. ¿De qué se trata cuando se habla de progreso humano?—Pero antes de resolver mediante la historia la cuestión planteada, indispensable es fijar exactamente cuáles son los términos que deben tenerse presentes cuando se trata del progreso ó del retroceso de la civilización humana. En este concepto, la pretendida arqueología prehistórica y la historia de la civilización están lejos de facilitarnos las investigaciones: apenas hemos manifestado nuestra opinión, cuando nuestros sabios se precipitan en

(1) Waitz-Gerland, *Anthropologie der Naturvölker*, VI, 438 y sig.

(2) Hay muchas pruebas en Müller, Cook, *der Weltumsegler*, 245 y sig., 268 y sig. Waitz-Gerland, *Anthropologie*, II, 218, (Negros); II, 404 (Cafres); III, 162, 243 y sig. (Indios); III, 388 (Caribes); III, 448 (Brasileños); V, 2, 191; VI, 120 y sig. (Polinesios); VI, 774, (Australianos); VI, 818 (Tastamánios); VI, 438 y sig.; cf. también IV, 242. Schneider, *Naturvölker*, I, 29, 33 y sig., 21, 119 y sig., 131, 134, 140 y sig., 159 y sig., 316 y sig. Baumstark, *Las Casas*, 107. Charlevoix, *Paraguay*, 1, 46. Trollope, *Australia and new Zealand*, (Tauchnitz, I, 72).

(3) Tylor, *Anfänge der Cultur*, II, 316 y sig.

(4) Max Müller, *Vorles. über den Ursprung der Religion*, (2) 75 y sig., cf. *supra*, V, 3.